



Sociológica, año 14, número 40,
Perspectivas contemporáneas en
la teoría social
Mayo-agosto de 1999

Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal, de Pierre Bourdieu*

*Juan Araujo González***

Desde los inicios del resquebrajamiento del “nacionalismo revolucionario” en nuestro país hemos oído hablar constantemente del “neoliberalismo” y de una tendencia “globalizante”. El discurso expresa una liberalización del Estado de todas aquellas demandas que lo único que han hecho hasta ahora es desgastarlo. Desde el punto de vista económico, se sugiere restringir la intervención del Estado; la competencia sin la intervención de este último es una “técnica moderna muy eficaz”. Se habla de una economía de mercado, junto con la democracia, como las panaceas mundiales, como si ya fueran una realidad global. Pareciera que la

única alternativa fuera destruir los límites territoriales de cada país permitiendo así la expansión de la economía de mercado, justificando con ello cierta proclividad mundialización que, por el simple hecho de concebirla, beneficiara a todos por igual, si tan sólo se considerara como viable. El gasto social (cabe recordar que para los monetaristas la única forma de reducir la inflación es no permitir que el gasto público crezca desmedidamente) cada vez se ve más reducido, y el Estado se deslinda más de ciertas responsabilidades que han ido en detrimento de la sociedad; sin embargo, ¿podríamos hablar de un “bienestar social” en nuestro país?

* Bourdieu, Pierre (1999), *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Anagrama, Barcelona.

** Ayudante de investigación del área de Análisis Sociológico de la Historia del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

La respuesta resulta controvertida y, lejos de intentar responderla, vale la pena reparar en todas aquellas implicaciones que trae consigo el llamado neoliberalismo, y a partir de su tendencia globalizante, matizar ciertos aspectos que distan mucho de beneficiar a todos aquellos países a quienes se les presenta no sólo como la única vía posible, sino incluso como la que les permitirá un mayor “bienestar social”. Es ineludible la reflexión a la que nos conduce la cuestión de la economía de mercado para “resistir contra la invasión neoliberal”. En ese sentido el reciente libro de Pierre Bourdieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, proporciona bastante material para acoger críticamente al neoliberalismo. Dicho material se presenta como una recopilación de textos, en su mayoría inéditos; estas reflexiones, como el mismo autor lo reconoce, se “hallan expuestas a las discordancias relacionadas con la diversidad de las circunstancias”; empero, aunque el autor se centra en aspectos problemáticos de su país (y de Europa), nos permite cuestionar al neoliberalismo como una alternativa globalizante y única.

La primera parte, titulada *La mano izquierda y la mano derecha del Estado* es una entrevista realizada a Bourdieu y publicada en *Le monde*; en ella responde a cómo los testimonios individuales pueden dar cuenta de un malestar colectivo; según él hay muchas per-

sonas que viven las “contradicciones del mundo social, percibidas en forma de dramas personales”, a quienes les da el nombre de “la mano izquierda del Estado: el conjunto de agentes de los ministerios llamados dispendiosos, que son la huella, en el seno del Estado, de las luchas sociales del pasado”. Éstos se enfrentan a los *enarcas* del Ministerio de Hacienda, los bancos públicos o privados y los gabinetes ministeriales. En ese sentido muchos de los movimientos sociales “expresan la rebelión de la pequeña nobleza de Estado contra la gran nobleza de Estado”.

De acuerdo con Bourdieu *la retirada del Estado* “de sectores de la vida social que le correspondían y de los que se responsabilizaba: la vivienda social, la televisión y la radio públicas, la escuela pública, la sanidad pública, etcétera”, ha propiciado una desesperación en todas las personas que desempeñan una función social, es decir en los “trabajadores sociales”. Y en ese sentido la crisis de lo político no es otra cosa que “una desesperación respecto al Estado como responsable del interés público.”

Posteriormente, en otro texto, hace una dura crítica al escritor que, valiéndose de su constante participación en los medios de comunicación, se caracteriza por la “retractación y la traición”, por la simulación de su perfil filosófico, lingüístico o de la “cultura de las ciencias políticas. Esos escritores “en realidad no son nada, ni saben nada”; se “saben la tonada de la



cultura pero desconocen su letra”; sus innumerables “intervenciones públicas” son exaltaciones de la “doble inconstancia”.

En el texto, *La suerte de los extranjeros como piedra de toque*, hace alusión a los “falsos problemas” que ensalzan las luchas políticas, o bien podríamos decir, a los falsos problemas que distraen a la opinión pública de los verdaderos. Ello, sin duda alguna, en perjuicio de ciertos sectores de la sociedad que, estigmatizados de acuerdo con “estereotipos convencionales”, son mostrados más como un peligro inminente (como “criminales”) para la sociedad, por ejemplo, el hecho de considerar al “extranjero” como “inmigrante clandestino”. Así, la justificación de estos falsos problemas obedece a la conquista de los votos, bajo el supuesto de que dichas estigmatizaciones realmente son compartidas como creencias por la opinión pública; de esa forma no sólo incursionan en la carrera por los votos, sino incluso contribuyen a alimentar el discurso xenófobo.

Bourdieu habla también del *irracionalismo* como producto del *racionalismo imperialista*, de la “coerción económica” que se disfraza de “razones jurídicas”, del “imperialismo que se ampara en la legitimidad de ciertas instituciones internacionales”, es decir, de *Los abusos de poder que se valen de la razón o se amparan en ella*; en ese sentido es pertinente defender la “razón” combatiendo lo que oculta bajo las apariencias de la

razón y sus abusos de poder: “la razón como instrumento para justificar un dominio arbitrario”.

Y nada más significativo que el análisis de una frase que por simple que sea, y en virtud de su contexto, permite vislumbrar una ruptura con el acontecer cotidiano; tal es *“La voz del ferroviario”*. Para Bourdieu el ferroviario, una persona como nosotros, demuestra que es posible resistir a la violencia que se ejerce cotidianamente en todos los medios de comunicación (los automatismos verbales, las imágenes banalizadas y los lugares comunes), que propicia permitir el “insulto y el desprecio racista”. El análisis de dicha frase permite alejarse de la toma de partido; implica analizar lo que es la realidad. Así, las “realidades históricas constituyen, tanto para el conocimiento como para la acción, un extraordinario desafío: prueba de fuego para cualquier análisis, y piedra de toque para cualquier compromiso”. Bourdieu resalta “el análisis riguroso de las situaciones y las instituciones”, con el fin de impedir visiones “parciales y maniqueas”.

Y qué decir de la famosa dicotomía, heredada por la Ilustración y el positivismo, según la cual la razón se opone a la sinrazón; “la razón y la modernidad, el movimiento y el cambio se encarnan” en los que “mandan” o dirigen; en los “expertos”. La sinrazón, el arcaísmo, la inercia y el conservadurismo se encarnan, en cambio, en el pueblo, en los sindicatos y los

intelectuales críticos, agregaría Bourdieu. El autor promueve la trascendencia de dicha oposición al pronunciarse en contra de *La destrucción de una civilización* (y al delatar y criticar a Paul Ricoeur, quien ha “descubierto el abismo entre la comprensión racional del mundo y los deseos de la gente”). Así “el pueblo ofuscado por sus deseos no se ha percatado de lo feliz que es”, y en consecuencia nada debe exigir. En este texto se critica de manera más abierta al liberalismo o barbarie a favor del “bien público” representado por el Estado.

Quizás el texto más representativo del libro sea *El mito de la mundialización y el Estado Social Europeo*, en donde Bourdieu plantea, en primer lugar, que el origen de la *inevitabilidad* de la visión neoliberal proviene de un trabajo de “inculcación simbólica en el que participan los periodistas o los simples ciudadanos de manera pasiva”, y también los intelectuales; una inculcación simbólica que deriva de los diarios escritos y televisados. El autor propone un *nuevo internacionalismo*, a escala regional, para el caso particular de su país; “se trata de construir instituciones capaces de controlar las fuerzas del mercado financiero”. En ese sentido promueve “la creación de bases organizativas de un auténtico internacionalismo crítico” capaz de enfrentar al neoliberalismo. Según su perspectiva el papel de los intelectuales en esos temas es ambiguo, y evoca los em-

botellamientos a los que los intelectuales suelen entrar: “se encierran en una defensa verbal de la razón y el diálogo racional”, o bien “proponen una variante llamada posmoderna”. Y vuelve a mencionar una herencia del positivismo: en realidad la fuerza de la ideología neoliberal “estriba en que se basa en una especie de neodarwinismo social: son ‘los mejores y los más brillantes’ los que triunfan”. Así “detrás de la visión mundialista de la internacional de los dominadores hay una filosofía de la competencia, según la cual los más competentes son los que gobiernan y los que tienen trabajo, lo que implica que quienes no lo tienen no son competentes”.

Texto seguido, Bourdieu realiza un análisis hermenéutico de un escrito: *Lo que piensa Tietmeyer*. Dicho texto se presenta planteando una serie de situaciones para “crear las condiciones que favorecen un crecimiento sostenido y la confianza de los inversionistas”. ¿Cuáles son esas condiciones? “desmantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo”, lo cual, de acuerdo con el autor, se traduce en un “espléndido ejercicio retórico: ¡Ánimo, trabajadores! ¡Hagamos entre todos el esfuerzo de flexibilización que se os pide!”. En resumen todo ello implica, según Bourdieu, el abandono de las conquistas sociales

“para evitar que los inversionistas pierdan la confianza en nombre del futuro crecimiento”. El análisis de este discurso nos permite ver además cuál es el origen de su propagación y de su imposición como una “visión llamada neoliberal”.

¿Cuál es el papel del científico? ¿Qué puede aportar a los movimientos sociales? Son algunas de las cuestiones que se plantean en el texto *Los científicos, la ciencia económica y el movimiento social*. Para Bourdieu los científicos pueden aportar cierta autoridad: “la fuerza de la autoridad científica, que influye en el movimiento social y llega hasta lo más hondo de las conciencias de los trabajadores, es muy grande. Produce una especie de desmoralización”. Son los “expertos” los que le dan una “mano de barniz científico” al neoliberalismo. Y en este sentido, “uno de los errores teóricos y prácticos de muchas teorías ha sido dejar de tomar en consideración la eficacia de la teoría”. Por lo tanto, “conviene oponerles armas intelectuales y culturales”. Así los intelectuales que se asocian con el movimiento social deben aportar no un programa, “sino un dispositivo de investigación colectivo, interdisciplinario e internacional, que asocie científicos, militantes, etcétera, en el que los investigadores tendrían un papel claramente definido: podrían participar de manera especialmente eficaz, porque es su oficio, en grupos de trabajo y de reflexión,

asociados con personas que participan en el movimiento”.

Bourdieu sugiere la necesidad de ser reflexivo. El objetivo no es sólo inventar respuestas, “sino inventar una manera de inventar las respuestas, de inventar una nueva manera de organizar el trabajo de contestación y de organizar la contestación, el trabajo militante (...) Deseamos inventar formas de expresión nuevas, que permitan comunicar a los militantes las conquistas más avanzadas de la investigación”.

En otro texto, *Por un nuevo internacionalismo*, el autor señala que los movimientos que se observan por toda Europa son rebeliones contra una política que destruye las mejoras sociales. Dichas mejoras se deben “mundializar” en lugar de “tomar el pretexto de mundialización”. Se plantea que la integración política de Europa no se sigue ineluctablemente de la integración económica, pues ello implica que oponerse a la política de integración monetaria es en apariencia oponerse a la integración política. La integración monetaria no asegura la integración social; más bien, el Estado mantiene su competitividad a costa de lo social. Se reducen las cargas salariales y con ellas las cargas sociales. Los estados únicamente dispondrán del “dumping social y salarial y la flexibilización del mercado de trabajo”. Es indispensable oponer a la “Europa destructora de las conquistas sociales” una “Europa social basada en la

alianza entre los trabajadores de los diferentes países europeos y capaz de neutralizar las amenazas que los trabajadores de cada país hacen pesar”. De ahí la necesidad de crear un *nuevo internacionalismo* a escala sindical, intelectual y popular, tarea que incumbe (en primer lugar) a las organizaciones sindicales.

Pasando a otro texto, la idea central que maneja Bourdieu en *La televisión, el periodismo y la política*, es el sacrificio del editorialista y el reportero-investigador por el animador-bufón; “la información, el análisis, la entrevista profunda, la discusión de especialistas y el reportaje por la mera diversión y, en especial a los chismorreos insignificantes de los falsos debates entre interlocutores adictos e intercambiables”. Todo con la finalidad de que la política no aparezca siempre como un “tema ingrato” y que se le excluya de las horas de mayor público. Los periodistas sólo proyectan sobre el público “sus propias inclinaciones, su propia visión, especialmente cuando el temor a aburrir y, por lo tanto, a que baje el índice de audiencia (sic), los lleva a (privilegiar) la pelea sobre el debate, la polémica sobre la dialéctica, y a hacer cualquier cosa para privilegiar al enfrentamiento entre las personas (los políticos, especialmente) en menoscabo de la confrontación entre sus argumentos...”

Se favorece, también, la lógica del “pensamiento al día y la competencia impuesta por la identifi-

cación de lo importante y lo nuevo (la noticia sensacional y las ‘revelaciones’), para inclinar a los periodistas a una representación instantaneísta (sic) y discontinua del mundo”. Según Bourdieu, “esas tragedias desvinculadas que se suceden sin ninguna perspectiva histórica” no se distinguen en nada de las “catástrofes naturales, tornados, incendios forestales, inundaciones”, presentes en los noticiarios. Así, se introduce poco a poco una “filosofía pesimista” que estimula más el retraimiento y la resignación que la rebelión y la indignación, y lejos de movilizar y politizar, contribuye a aumentar los temores xenófobos, “de la misma manera que la ilusión de que la delincuencia y la violencia no dejan de aumentar favorece las ansiedades y las fobias por la ‘seguridad’ ”.

A este texto le sigue *De nuevo sobre la televisión*, entrevista realizada por P. R. Pires y publicada en *O Globo*; la primera pregunta a Bourdieu es si los profesionales y el público viven sumidos en una ceguera con respecto a “los mecanismos de los medios en un mundo extremadamente mediatizado”. A ello responde el francés que los profesionales viven en un estado de doble conciencia: una visión práctica y una visión teórica. En la primera sacan el máximo partido de las posibilidades que les brinda el instrumento mediático, sea por cinismo, sea sin pensarlo. La segunda es una justificación “moralizante” que les permite per-

donarse a sí mismos. Digamos que en la primera acusan como “denuncia escandalosa la descripción objetiva de su práctica”, y en la segunda la rechazan explícitamente en privado, así como en “sus declaraciones públicas”.

También le preguntan acerca de la incompatibilidad entre el campo sociológico y el periodístico, en cuanto a lo que demuestran ambos: mentiras y verdades. La respuesta del autor del libro es que una de las tareas del sociólogo es, precisamente, “desmontar esa manera de plantear las cuestiones”, es decir, esa forma maniquea, pues en ambos campos se suscitan tanto las verdades como las mentiras. Una última pregunta va encaminada al papel que desempeñan los intelectuales en el mundo mediático. Bourdieu responde que los juristas, artistas, escritores y científicos han conquistado su autonomía con respecto a los poderes (político, religioso o económico), y estas conquistas se ven amenazadas no sólo por dictadores, sino también por fuerzas más insidiosas, las del mercado, que reencarnan en figuras (adecuadas para seducir a unos y a otros) como “el economista armado de formalismo matemático”, “estrellas internacionales del rock, el pop o el rap”, “el radicalismo de campus bautizado posmoderno”, etcétera, todos pertenecientes al terreno de la “mundialización”. Este terreno “es justamente el de la producción cultural de masas, la televisión, el cine y la prensa”, para el gran pú-

blico o incluso “el pensamiento social para diarios y seminarios con temas o frases de circulación planetaria como el ‘fin de la historia’, ‘posmodernismo’ o ‘globalización’”. Son los artistas, escritores y científicos (en primer lugar los sociólogos) los “capacitados para combatir esta ‘mundialización de lo peor’, (y) de manera especial sus efectos más funestos para la cultura y la democracia”.

Hay un texto más con referencia a la discriminación racial (aparte de *La suerte de los extranjeros como piedra de toque*): *Esos responsables que nos declaran irresponsables*, en el que se cuestiona una ley que permite a un funcionario poner en entredicho “la ciudadanía de un ciudadano sólo por ver su cara o leer su apellido”.

La desigual situación entre los que disfrutan de un empleo estable y los que se enfrentan a la precariedad laboral se refleja en *Actualmente, la precariedad está en todas partes*. Éste puede resultar uno de los textos más controvertidos y más significativos en cuanto al panorama tan amplio que presenta Bourdieu sobre las implicaciones de “los efectos destructores de la precariedad laboral”, la *política de precariedad* que se expande a escala internacional y es común a toda la época, la cual tiene como característica principal, inherente al neoliberalismo, la competitividad. La precariedad laboral afecta a una parte muy importante de la población, los obreros, los empleados del comercio, etcétera;

“el trabajo se convierte en algo excepcional, deseable a cualquier precio que sitúa a los trabajadores a merced de quienes los emplean”. Pero también hay una competencia doble: *por* el trabajo y *en* el trabajo. Esta última por la necesidad de conservarlo. La competición es igual de salvaje que la que practican las empresas; “está en el origen de una auténtica lucha de todos contra todos, destructora de todos los valores de solidaridad y humanidad y que alcanza, a veces, una violencia sin límites”. De acuerdo con Bourdieu, la precariedad laboral no es producto de “una fatalidad económica identificada con la famosa mundialización”, sino de “una voluntad política” o régimen político. Ante este régimen político sólo cabe la “lucha política”.

Contrariamente a lo que demuestran ciertos trabajos en el sentido de que “el paro destruye lo que toca”, Bourdieu pretende mostrar en el texto *El movimiento de los parados, un milagro social*, que el movimiento constituye, efectivamente, un milagro social. La primera conquista del movimiento es el propio movimiento, cuya existencia amenaza a los que siguen teniendo trabajo y hace recordar el paro masivo. La precariedad laboral impide la movilización y reivindicación, y permite la explotación bajo la amenaza del despido. En este sentido, Bourdieu señala que siendo la huelga el principal factor de desmovilización (pues dada la precariedad

laboral, pocos estarán dispuestos a movilizarse por la amenaza latente del despido), es el principal estímulo para la movilización, ya que el paro ha contribuido a la “degradación de las condiciones de trabajo”, que permite a su vez que se manifieste solidaridad en la lucha de los huelguistas. El movimiento de los parados contrarresta una política que divide a los trabajadores de los no trabajadores; los trabajadores están, según la política del gobierno neoliberal, condenados al silencio y a la resignación, pues gozan del “inseguro privilegio” de tener un trabajo más o menos precario. No hay pues diferencia radical entre “los parados y los trabajadores precarios”.

Otra de las características del neoliberalismo se percibe en el aislamiento y desamparo de ciertos hechos vinculados con movimientos sociales (y con ello la neutralización de estos movimientos), maquiados por una serie de informaciones que pretende verlos como los más inhumanos, los más sanguinarios. Este es el papel (según Bourdieu) del *Intelectual negativo*: destruir el trabajo de muchos años de interacción constante, trabajo que se ha producido en una región cada día, tras “informarse e informar, comprender y hacer comprender una realidad compleja”, luchando “incansablemente por medio de intervenciones jurídicas, conferencias de prensa, artículos en los periódicos, para alejarla” de cualquier “visión unilateral” que tiende a tergiversar la

realidad, sea mediante el campo periodístico o el mundo de la televisión.

Finalmente, en el último texto, *El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada*, el panorama, *grosso modo*, es el siguiente. La justificación de una idea, una utopía, mediante un modelo de corte científico (la teoría económica con su formalismo matemático), permite que el neoliberalismo se convierta en un programa político concebido como “la descripción científica de lo real”. Esta teoría, originariamente “desocializada y deshistorizada, tiene hoy más que nunca los medios para llegar a ser verdadera, empíricamente verificable”. En opinión de Bourdieu, el “discurso neoliberal es un discurso fuerte y difícil de combatir, porque cuenta a su favor con todas las fuerzas de un mundo de relaciones de fuerza que contribuye a que sea tal es”; “orientado a las opciones económicas de los que dominan las relaciones económicas”, añade a esas relaciones de fuerza una fuerza simbólica. En nombre de este “pro-

grama científico de conocimiento” convertido en “programa político de acción”, se ha realizado un inmenso trabajo político tendiente a crear “un programa de destrucción metódica de los colectivos”. La “mundialización de los mercados financieros, unida al proceso de las técnicas de información”, contribuyen al “reinado absoluto de la flexibilidad”. Las técnicas de sujeción racional que impone “el trabajo sin respiro” contribuyen a abolir las referencias y las solidaridades colectivas. El orden económico se basa en “la violencia estructural del paro, la precariedad y el miedo que inspira la amenaza del despido: la condición de su funcionamiento y su principio de motivación residen en un fenómeno de masas, la existencia de un ejército de reserva de parados”.

Sin duda alguna la recopilación de estos textos de Bourdieu puede proporcionar (ante los acontecimientos políticos que ocurren en nuestro país, por ejemplo en Chiapas o en la Universidad, etcétera), elementos suficientes para reflexionar y analizar el llamado neoliberalismo.